

LECTURA ORANTE DEL EVANGELIO: MARCOS 13,33-37



Domingo primero de Adviento

"Todo lo que tiene fin, aunque dure, se acaba...Abrid por amor de Dios los ojos" (Fundaciones 10,9.11).

Vigilad: pues no sabéis cuándo es el momento. Dios nos espera, tiene tiempo y promesas para nosotros; porque nos ama hasta el extremo, no puede dejar de esperarnos. Sus promesas despiertan nuestra capacidad de esperanza. En el Adviento salimos a esperarle, preparamos los caminos para encontrarle, levantamos los ojos para mirarle. La esperanza enriquece sin oprimir; nos da lucidez para no engañarnos con soluciones fáciles a los problemas que tenemos, nos enseña a descifrar los signos de los tiempos. La oración nos da luz para entender estas

verdades. *Viviré esperándote.
Ven, Señor, Jesús.*

Es igual que un hombre que se fue de viaje, y dejó su casa y dio a cada uno de sus criados su tarea, encargando al potero que velara. La esperanza es don y tarea; nos hace palpitar con la vida de cada día, nos acerca a los que más sufren para desgastar en ellos los dones. Sin compasión y ternura, ¿en qué queda la esperanza? Pero sin la llama de la esperanza en el corazón, encargada de velar, ¿de dónde sacaremos la fuerza para amar y cultivar la atención amorosa? *Si te espero, Tú no tardarás en llegar.*

Velad, pues no sabéis cuándo vendrá el dueño de la casa. Dios es el mayor de los bienes que el ser humano puede alcanzar, el lujo de su bondad aletea sobre todo lo que existe; Él es el único que puede dar contenido valioso a la capacidad de esperar. No sabemos nada, no sabemos cuándo, ni el pasado ni el futuro están en nuestras manos; no sabemos si vendrá el Señor al amanecer o en medio del día, al atardecer o en medio de la noche; pero sí sabemos que en aprender a recibir está todo nuestro bien. Todo acabará bien porque el dueño de la casa es bueno y todo está en sus manos. El Espíritu, viento fuerte que agita toda vida, saca a flote la esperanza cristiana. *Con los pobres y pequeños de la tierra quiero oír tus melodías de esperanza.*

¡Velad! Velar y volar al aire del Espíritu. Mantener la alegría y la paz también en los tiempos sombríos y de crisis. Estrenar caminos teologales en medio de la noche, porque la vida se recrea en otra fuente y Jesús es manantial que nunca engaña. Afinemos los sentidos, que ya llega la hora. Oigamos su llamada en nuestra puerta. Gustemos sus amores. Toquemos al que se hace humanidad como la nuestra. Percibamos su perfume y su fragancia. Fuera ya los lamentos inútiles, gastados. Fuera ya la gesticulación inoperante, entristecida. Fuera ya los discursos egoístas, tan cerrados Fuera el 'total para qué...' desalentado. Que viene Dios y una nueva alegría ya se asoma. *Es hora de despertar, de alzar los*

ojos y esperarte. Marana tha. Ven, Señor.

CIPE – noviembre 2011



Cipecar

www.cipecar.org